

CAPITULO V.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO DESDE
EL SIGLO SÉTIMO HASTA EL DECIMO TERCERO.

Es uno, y sin embargo tolerante; in-
variable, y con todo favorable al progreso.

*Carácter de este periodo.—La vida de accion so-
cial predomina á la de la inteligencia, que no
interviene mas que para servirla.—Fusion del
elemento bárbaro y del elemento cristiano.—Ac-
cion social del catolicismo.—De su unidad.—De
su tolerancia para con los bárbaros.—Mahoma.
—Monotelismo.—Iconoclastas.—La fé cristia-
na se va propagando.—Proteccion de Carlo
Magno en favor de la Santa Sede.—Respuesta
á las consecuencias que se sacan de los hechos
alegados contra la unidad de la doctrina cató-
lica.—Honorio.—Asamblea de los iconoclastas.
—La unidad de doctrina concurre á producir
y á afirmar la unidad nacional.—Espediciones
de Carlo Magno.—Cuán favorable se muestra
el catolicismo al progreso.—Durante medio si-
glo detiene la decadencia en lo exterior.—Los
claustros sirven de asilos para las ciencias, las
letras y las artes mecánicas y liberales.—Efec-
tos de cada uno de los dos elementos que entran
en la fusion para rehacer la sociedad.—Cua-
dro de los horrorosos excesos del elemento bárba-
ro.—Del Papa Gregorio VII.—Opinion de di-*

*versos autores sobre este Pontifice.—Respuesta
á las diversas acusaciones de que fué objeto.—
En el sistema feudal la autoridad pontificia era
un elemento necesario para la conservacion de
la forma política.—Cruzadas.—Su carácter.—
Sus resultados sociales.—El catolicismo perma-
nece invariable en medio de los siglos que se su-
ceden.—Berengario, Abelardo, Pedro de Bruys,
Gilberto de la Porea, Arnaldo de Brescia, alvi-
genses, valdenses.—San Bernardo asombra al
mundo con su talento y virtudes.—S. Anselmo
es el primero que aplica á la teología la preci-
sion dialéctica y el método escolástico.—Conclu-
sion.*

El hombre que habia recorrido la escala de la vida individual cristiana, y la Iglesia que habia llegado con el establecimiento de todas las grandes instituciones á sus estensas y naturales proporciones, se hallaron igualmente dispuestos para la grande accion social. Despues de tantos combates, la fé victoriosa y los ánimos llenos de energía, se preparaban á esta accion. Era menester que de las costumbres individuales pasase la fé pura y vigorosa á las costumbres públicas, y que trasformase la sociedad en su composicion y en su descomposicion lenta y gradual. Por esto el carácter particular de este periodo, es la vida de accion social que resulta de la energía de la fé triunfante y del elemento bárbaro; este sin duda predominó; pero no paralizó

sus generosos impulsos. Algunos historiadores nos parece que hacen poca justicia á estos tiempos, que pintan con un colorido recargado. Mezclados los bárbaros con los pueblos de la antigua civilizacion, no abandonaron en mucho tiempo sus groseros hábitos, que en tantos siglos se habian identificado con su natural ferocidad; pero la fé cristiana no habia dejado disminuir su ardor. De este fondo misto salieron dos géneros de accion muy opuestos, que arrastraban á los pueblos á los últimos límites del bien ó del mal. Cuando predominaba la fé á la energía cristiana, se elevaba al heroismo la accion social. Si al contrario, vencía el elemento bárbaro, una atroz energía se precipitaba en los horrores del crimen; y de la fusion completa de los pueblos pagano, cristiano y bárbaro, debian salir las naciones modernas. Pero antes de llegar á este resultado, ¿cuantos obstáculos tenia que superar la fé! y sin embargo, no cesó jamas de ser una *y tolerante; invariable, y á pesar de esto favorable al progreso.*

En el sexto siglo fué cuando se verificó sensiblemente la fusion de los bárbaros con las naciones ya civilizadas; y los que habian triunfado del mundo romano, no podian menos de hacer prevalecer su natural grosero. Mezcláronse, pues, su ignorancia y la aspereza de sus costumbres con la sociedad que se formaba de esta fusion. Despues de una tempestad, que todo lo habia arruinado, y removido el orbe hasta lo mas profundo, flotó la

espuma de la barbarie por mucho tiempo en la superficie de la sociedad, y penetró en todas partes, hasta en el santuario. Debemos confesarlo, el mismo clero fué arrastrado á veces hácia el abismo de la depravacion; pero nunca llegó al exceso de perversidad que algunos se han complacido en señalar. Y sin embargo, porque el catolicismo es tolerante, no desechó de su seno á los bárbaros cuyas inclinaciones disolutas condenaba, y procuró identificarlos con él, inspirándoles amor al orden, á la verdad y á la virtud. ¿Se corrompió el depósito de la divina moral pasando por manos manchadas? No: sígase toda la cadena de la tradicion: ni un solo eslabon de las reglas santas del Evangelio se rompió. Cualesquiera que fueran los vicios del hombre, la doctrina del Pontífice no cesó de ser pura. En el año 622 se erigió Mahoma en profeta entre los sarracenos, y espulsado de la Meca por los suyos, no tardó en presentar sus victorias como muestras de su mision divina. Pero la razon ilustrada por la fé, denegó esta prueba reconociendo que el espíritu de Dios no se revela por la cimitarra y el cebo de los placeres sensuales. El Coran no le ofrecia el menor carácter notable de inspiracion divina. El monotelismo que nació en el siglo VI, no se ostentó hasta el sétimo. Por una estravagancia casi inconcebible, al mismo tiempo que se reconocian dos naturalezas en Jesucristo, no se le atribuia mas que una sola voluntad; pero despues que Juan IV habia condenado ya la *ectesis* del emperador Hera-

elio en favor de los monotelitas, S. Martín Papa congregó el Concilio de Letran donde anatematizó el tipo (1) de Constante, nieto de dicho emperador, y el error del monotelismo. La Iglesia permanecía siempre tan adherida á la unidad de la fé, que el Papa, llevado de destierro en destierro, no cedió jamas en medio de los mayores sufrimientos de lo que debia á su augusto ministerio. San Máximo, célebre en el Oriente todo por su doctrina y virtud, abandona la corte inficionada de la heregia, y reprende enérgicamente á los emperadores que se habian atrevido á decidir en las cuestiones de la fé.

Entre tanto, el catolicismo hacia nuevos progresos en Inglaterra, y producía los frutos mas saludables; pero el monotelismo no dejaba de estender sus estragos de la parte de acá. El Papa S. Agaton congrega un Concilio en Constantinopla: son condenados todos los autores de la secta, y brilla la unidad de la fé con nuevo resplandor. Las naciones católicas estaban tan adheridas á la unidad de la Santa Sede, que Ceadual, rey de Inglaterra, fué á reconocer en persona la unidad de la Iglesia romana en el Papa Sergio, de cuyas manos recibió el bautismo. Los mahometanos amenazaron á la Iglesia de España, pero no pudieron abatirla. En Alemania se estableció el catolicismo por el celo de S. Bonifacio, que convirtió aquellos pueblos á la fé. Esta calma era precursora de la tempestad que en

(1) Edicto llamado así.

tales términos amagaba á la Iglesia, que hubiera perecido mil veces á no estar en la mano de Dios. Sabidas son todas las violencias que ejercieron contra ella los iconoclastas: el emperador Leon se arma con la espada del poder: trata de seducir al patriarca de Constantinopla: forma una asamblea llamada concilio; y se amotina el pueblo. Pero el Papa Gregorio II se opone á la destruccion de las santas imágenes. Los católicos perseguidos por el culto que les daban, responden al emperador que preferian todo género de padecimientos á dejar de adorar á Jesucristo hasta en su sombra. Hacia el año 787 se celebró otro Concilio en toda forma en Constantinopla, y se terminó en Nicea. Los iconoclastas fueron condenados en él, y continuaron venerándose las imágenes en la Iglesia con un culto relativo. En tanto Carlo Magno que habia confirmado á la Santa Sede las donaciones hechas por el rey Pipino, resucitaba el reinado de la piedad y de la justicia en Francia y en Italia, en España y en Alemania. El mahometismo, nacido en el siglo VI, no cesaba de combatir al cristianismo: se estendió en Oriente, y amenazaba invadir el Occidente; pero le rechazó la pujanza de Carlo Magno, que coronado emperador de Occidente en el año 800 por el Papa Leon III, conservó el título de rey de los franceses.

¿Habrá quien se obstine en no ver nada sobrenatural en medio del caos á que estaba reducida la Europa antes de dar á luz la sociedad moderna?

Búsquese otra en el mundo donde la decadencia de las costumbres no haya acarreado la de las leyes; donde unos magistrados corrompidos hayan sido siempre guardianes incorruptibles; una sociedad fundada sobre ideas de moral que los tiempos no hayan alterado jamas. En medio de las sectas que se propagaban sin obstáculos, y se ramificaban á lo infinito, se hubiera agotado el principio cristiano en estas frecuentes derivaciones, á no haber sido la obra divina. No cesó de ser la piedra angular en la cual fueron á estrellarse todas las heregias que tropezaron en él. A manera de un navío de alto bordo ha echado á pique los débiles esquifes que embarazaban su paso; y no ha cesado de mostrarse tan *uno* en su doctrina, como *tolerante* para con los pueblos á quienes ha ilustrado. Se ha supuesto que esta unidad se habia roto en tiempo del Papa Honorio I, que al parecer adoptó las opiniones erróneas de los monotelitas; pero ¿puede nadie aparentar ignorancia de todos los artificios que se emplearon para sorprenderle? Palabras ambiguas, protestas reiteradas de amor á la paz, todo se puso en práctica. Además, el Papa Honorio no aprobó de ninguna manera la doctrina de aquellos: por condescendencia usó con ellos una peligrosa contemplacion, y nada mas, consintiendo que no hablasen ya de una ni de dos voluntades en Jesucristo. También podemos responder victoriosamente á esta dificultad, que Honorio no habia obrado como Papa; como sucesor de Pedro, sino como simple doctor

supuesto que no promulgó decreto solemne. Los Sumos Pontífices no proceden nunca así cuando tratan los puntos de fé como cabezas de la Iglesia.

Para no dejar á los siglos venideros ningun pretesto de clamar por esta causa contra la perseverante unidad de la Iglesia, el Concilio de Constantinopla, sexto general, que presidió el Papa Agaton, al condenar á los monotelitas, no perdonó ni aun á Honorio que les habia guardado contemplaciones. En vano se argüiria del falso concilio convocado en Constantinopla hácia el año 754 por el emperador de Oriente para acreditar el error sostenido con tanto calor por los sarracenos contra las santas imágenes. Tenemos fundamento para no reconocer como legítimas las actas de aquella asamblea, que ni habia sido convocada regularmente, ni se habia celebrado en forma. El Papa no habia concurrido de ninguna manera á su formacion, ni asistieron segun costumbre los legados de la Santa Sede, ni los obispos ó los legados de las otras sillas patriarcales. Así es, que á instancia de Pablo, patriarca de Constantinopla, que declaraba á presencia de la emperatriz Irene haber combatido las imágenes contra su conciencia, y á la de Tarasio, su sucesor, se convocó un Concilio universal en Constantinopla hácia el año 787 para condenar á los iconoclastas. Luego la fé católica no ha variado jamas, y aunque la disciplina haya podido recibir diversas variaciones segun los tiempos y lugares, la Iglesia ha insistido

siempre, cuanto le ha sido posible, en imitar á la antigüedad.

Carlo Magno entre tanto habia vencido; pero no subyugado á los sajones. Habia reprimido á los sarracenos, y no habia cesado de atraer al cristianismo naciones infieles, y de proteger á los Papas. Estaba tan intimamente convencido de que la unidad de doctrina conviene sobremanera para producir y afirmar la unidad nacional, que convertia siempre en capitulares los cánones de los Concilios. Dividió Carlo Magno su vida gloriosa en diferentes guerras contra los árabes de España, los turingios, los avaros, los bretones, los bávaros, los esclavones mas allá del Elba, los sarracenos en Italia, los dinamarqueses y los griegos, juntamente con la obstinada resistencia de la Sajonia que atrajo diez y ocho veces sus armas. Se cuentan cincuenta y tres expediciones militares de este monarca: los motivos de las mas fueron terminar las dos grandes invasiones de los bárbaros del Norte y del Mediodia. Bajo su glorioso reinado como siempre el catolicismo se mostró *invariable, y sin embargo favorable al progreso.*

Por espacio de medio siglo contuvo la decadencia: los tribunales eclesiásticos consolidaban y extendian su jurisdiccion; y se restablecian las ciencias y la disciplina de la Iglesia. Esta, que se habia establecido por la doctrina, cobró nueva fuerza con la creacion del principado temporal de Roma. El Papa trató de igual á igual con los soberanos

de los pueblos. La Iglesia tuvo la principal parte en la creacion del nuevo sistema de monarquía que se estableció. Las ciencias y las letras que hasta entonces no habian sido en las Galias mas que lo que eran anteriormente en el mundo romano, segun la mayor ó menor tranquilidad de las diferentes provincias del imperio, encontraron en los monasterios los medios mas favorables que pueden discurrirse para las obras del ingenio.

Despues de la division del imperio de Carlo Magno, aun faltaba mucho para extinguir completamente el elemento bárbaro. "Entonces se convirtieron los conventos, dice el ilustre autor del Genio del cristianismo (1), en una especie de fortalezas donde se guareció la civilizacion. Allí se conservó la cultura de la sublime inteligencia con la verdad filosófica que renació de la verdad religiosa. La verdad política ó la libertad halló un intérprete y un cómplice en la independencia del monge, que todo lo investigaba, todo lo decia, y no temia nada. . . Sin la inviolabilidad y los ócios del claustro no se nos hubieran trasmitido los libros y los idiomas de la antigüedad, y se hubiera roto la cadena que liga lo pasado con lo presente. La astronomía, la aritmética, la geometría, el derecho civil, la física y la medicina, el estudio de los autores profanos, la gramática y las humanidades, todas las artes

(1) El señor Vizconde de Chateaubriand, *Análisis razonada de la historia de Francia.*

tuvieron una serie no interrumpida de maestros desde los primeros tiempos de Khlovig hasta el siglo en que las universidades religiosas tambien hicieron salir las ciencias de los monasterios." Observaremos en honor de las letras que el mismo Carlo Magno recomendó al Concilio de Francfort el sábio Alcuino, una de las lumbreras de su siglo y de la Iglesia de las Galias; y que todo el sínodo consintió en admitirle como un hombre sábio en las doctrinas eclesiásticas. Sabido es que la música, la pintura, el arte de grabar, y sobre todo, la arquitectura, deben mucho á los monasterios. La arquitectura llamada lombarda se refiere á la época religiosa de Carlo Magno. El cuerpo del clero estaba instruido de modo que protegía el movimiento progresivo. Así, el catolicismo fué el vínculo, el medio y el principio de civilizacion entre el mundo romano y el mundo bárbaro. El señor Guizot lo afirma, y puede creérsele (1).

Sin embargo, el bien y el mal ejecutaban cada uno sus obras con un vigor casi invencible. Todo se convertía casi en exceso, por decirlo así: los principios sociales parecían trastornados. Aparecieron hombres de una perversidad igual á la de los tiempos mas calamitosos del gentilismo, y otros de una virtud tan perfecta, que hubieran realizado la gloria de las primeras épocas de la Iglesia. Los pueblos estaban sumergidos en las tinieblas de la ignoran-

(1) *Historia de la civilizacion europea.*

cia mas grosera, mientras que se veian en su seno sábios dignos de los siglos mas ilustrados. Pero el catolicismo, por muy favorable que fuese al progreso, no dejaba de ser invariable.

El cisma de los griegos, que en el fondo no era mas que una cuestion de derecho y de autoridad, suscitó algunas cuestiones secundarias; pero se resolvieron completamente. Focio no quiere someterse, los griegos se separan de la madre que los habia alimentado hasta allí; pero no por eso dejó ella de ser lo que siempre habia sido; *una é invariable, tolerante y civilizadora.* Se habia llegado á una época de desórden y de pasiones á veces poderosas y armadas, todas violentas é intratables. No habia potencia que no estuviera en guerra consigo misma y con las demas. Parecia que todas las fuerzas sociales chocaban unas con otras, y se destruian mútuamente. Los cismas desgarraban el seno de la Iglesia. La misma potestad espiritual tenia que defender sus derechos de la potestad temporal: hasta dentro de la gerarquía habia una parte corrompida y depravada, que persiguiendo con su ódio á la parte pura y santa, le hacia guerra abierta. Desde lo interior del Asia amenazaban los sectarios de Mahoma á la Europa. La Italia pensaba en conquistar el Oriente, y los guerreros normandos habian ocupado el Mediodia hacia poco tiempo.

En medio de tantos intereses rivales y de tan diversas pretensiones, en aquella refriega espantosa

en que parecian confundidos todos los elementos de la sociedad, se necesitaba un hombre de grande accion, de accion enérgica, constante y sostenida. Se necesitaba que un gran talento, entrando en aquel Océano agitado por la tempestad, y separando el bien del mal, y las tinieblas de la luz, viniese á desenredar los mil lazos con que se mantenian en choque las dos potestades que luchaban en la arena. Este fué el grande Hildebrando, llamado Gregorio VII.

Sabemos que los Hallam, los Potter y los Greisley han juzgado de muy diferente modo que nosotros á este ilustre Pontífice: tal vez algunos de nuestros escritores modernos no le han hecho toda la justicia que podia esperarse; pero somos deudores de elogios al talento del señor Villemain, ministro de la instruccion pública, que ha escrito su vida. Loor al docto profesor de historia eclesiástica en la Sorbona (1), que acaba de pagar un justo tributo público de homenaje á la memoria de aquel célebre Papa. Parécenos que muchos autores han tomado hasta aquí como motivo de accion, lo que en realidad no fué para él mas que un medio legitimo y necesario de ejecutar los proyectos mas santos; y suponen que soñó planes de reforma tan tiránicos como singulares. Si se los oye, fué el primero que concibió el designio de sujetar el estado á la Iglesia, y citar los reyes á su tribunal

(1) El señor Jager. *Pontificado de Gregorio VII.*

supremo para que dieran cuenta de sus actos.

Todos los hechos sentados en la historia nos parecen propios para contradecir los pensamientos de ambicion y de injusticia que se le atribuyen. Tratemos de formar una idea esacta del grado de poder á que habia llegado la Iglesia. Adelantando en el curso de los siglos, mudando no de principios, sino de medios de edad en edad, y modificándolos para acomodarse á las modificaciones sucesivas de la sociedad, se habia acrecentado, á pesar de las persecuciones de todo genero, y se habia elevado en las mismas proporciones que la barbarie de los nuevos pueblos la abatía. Ya se ha visto que Clodoveo y despues Clotario en el año 516, dirigieron por respeto una de sus primeras actas á los obispos y abades. Gontran y Chilperico habian remitido el fallo de sus diferencias á los obispos y ancianos del pueblo. En el año 558 se sometieron á la mediacion de los sacerdotes. En el de 627 congregó Clotario II á los obispos de Borgoña para deliberar acerca de los negocios del estado y la salvacion de la patria. El Papa Zacarías habia sido consultado con ocasion del juramento prestado á Chilperico cuando se queria llamar al trono á Pipino. (La monarquía era entonces la electiva). El Papa habia fallado y se habia seguido su decision. Pipino y Carlo Magno habian dotado á la Santa Sede, y esta dotacion temporal habia dado nueva fuerza, á lo menos exterior, á la corte de Roma. El gran nombre de esta ciudad, residencia de Sumos Pon-

tífices, habia aumentado autoridad á su supremacía, rodeándola de los lisonjeros recuerdos de su antiguo esplendor. Los privilegios que habia obtenido la Iglesia en tiempo de los otros príncipes, se habian ampliado bajo el glorioso reinado de Carlo Magno: los obispos y los enviados regios publicaban en las provincias las capitulares estendidas con el consentimiento de las asambleas nacionales.

Así, los sucesores de Pedro habian subido á la categoría de los soberanos por la ley del tiempo y la escisgencia de las circunstancias con anterioridad al pontificado de Gregorio VII. No se habian ingerido ellos por sí; los pueblos y los reyes les sometian sus diferencias. No podemos, pues, atinar en qué fundamentos se apoya el historiador de la civilizacion europea para acusar á la Iglesia de haber intentado hacer prevalecer el principio teocrático en la sociedad, usurpar el poder temporal, dominar esclusivamente, y cuando no lo conseguia, apoderarse de la dominacion á costa de la libertad de los súbditos.

Fácil de explicar es el poder temporal de los Papas, y sobre todo, el que ejerció Gregorio VII, cuando se considera que saliendo las mas veces de la clase plebeya, y elevados á igual categoría que los reyes por el ascendiente de su carácter, de sus luces y de sus virtudes, se habian hecho los defensores de los derechos populares. Bajo el sistema feudal, entonces vigente, no habia mas que señores y vasallos, amos y esclavos. Los Papas servian de mediado-

res á los grandes, á fin de atraer á una sumision equitativa y por la via de la persuasion, los vasallos que se separaban de ella, y de defensores de los vasallos oprimidos. El gran historiador de Rautner refiere que los Papas, como vicarios de Dios en la tierra, estaban libres de toda dependencia eclesiástica, y eran superiores á todas las cosas terrenas, á fin de ser con la Iglesia inmutable de Dios una arma defensiva para los débiles, un poder terrible para los malos, un purificador para la potestad temporal, y un padre consolador para los esclavos y los oprimidos. No eran los Papas los que se habian arrogado esta potestad temporal: se la concedian los pueblos contra sus opresores. El testo mismo de las constituciones de diversos reinos, manifiesta evidentemente que la autoridad pontificia era un elemento necesario para la conservacion de la forma política que regia entonces á la Europa entera bajo la tutela del cristianismo. En una palabra, el sistema político y social del mundo católico, escigia como principio necesario una autoridad suprema de la que hallaba relaciones intimas con esta religion que civilizaba las naciones.

Esta era entonces la ley del tiempo: era un poder de que los Papas se encontraban investidos por la fuerza de las cosas. La Iglesia, siempre dueño de sí misma, pueden mostrarse segun los tiempos protegida ó protectora. Parecia que habia aceptado la primera de dichas condiciones el

dia que Constantino estendió sobre ella el manto imperial; y entró al parecer en la segunda, cuando habiéndose hecho propietaria por las donaciones de los fieles y soberana por la concepcion de Pipino y Carlo Magno, se encargaron de la tutela de las naciones los príncipes del clero alentados con nuevos homenajes. El papado, caminando á la cabeza de la civilizacion, se adelantaba hácia el fin de la sociedad general. Le habian puesto en las manos armas bastante terribles en aquella época para derribar á los mas fuertes é intimidar á los mas audaces. Pero los soberanos que se hubieran negado á reconocerle la administracion de la tutela de los pueblos, no por eso hubieran dejado de estarle sumisos como hijos de la Iglesia, ni ésta los hubiera inquietado en manera alguna (1). ¿Cómo, pues, podria acriminarse á Gregorio VII por haber emprendido reformar al clero y librar á la Iglesia de un yugo opresor con tanta prudencia como firmeza? Sin cesar ocupaban su atencion los pensamientos de mejoras sociales, de restituir la libertad comun á todos, y defender la gloria de la Religion: los mismos pensamientos traian desasosegados á los hombres mas eminentes de aquel siglo, los Damianos, los Lanfrancs, los Desiderios, los Annon y otras lumbreras de la Iglesia. Las naciones no pueden agradecer lo bastante el importantísimo

(1) Guillermo I, conquistador de Inglaterra, nos da un ejemplo de ello.

servicio que les presentó el catolicismo aceptando la tutela durante la memoria de aquellas. Despues de haber procurado justificar al gran Pontífice Gregorio de las acusaciones que contra él se dirigen, creemos que es nuestro deber repetir aquí lo que ya hemos dicho: que el derecho de la postestad que ejerció, era entonces tan conforme con el órden legal como hoy seria contrario.

En vez del feudalismo está vigente entre nosotros el sistema de la emancipacion intelectual y social; mientras que los grandes se cuidaban entonces poco de saber leer y escribir, hoy hasta el vulgo aspira á las ciencias y á las letras, y nuestros reyes se muestran tan dignos como capaces de mandar.

Mientras Gregorio VII contuvo con una mano el movimiento de decadencia que precipitaba á la sociedad en el abismo de la barbarie, con la otra aseguró el órden social y político sobre bases indestructibles. Sin embargo, el catolicismo siempre invariable no cesó de llenar su mision civilizadora. Unido á la sociedad que amoldó con su mano, se identificó de hecho con el hombre social. La humanidad le ofrecia una basa ancha y sólida, mientras que recibia de él una participacion de su estabilidad divina. Unos dos siglos despues que el islamismo habia amenazado invadir el Occidente, este le persiguió hasta el centro de su poderío. Las cruzadas comenzadas en el año 1095, segun unos, ó 1098 segun otros, y que concluyeron hácia

el de 1270, fueron como una continuacion de aquella invasion general que habia assolado al mundo, y ademas unas guerras de represalias. El entusiasmo religioso y la fraternidad evangélica se habian conmovido á vista de las desgracias de los cristianos de Oriente; y los pueblos de Occidente se levantaron en nombre de *Dios lo quiera* para socorrer á aquellos. Dando su parte á los elementos malos que se mezclaron en aquellas relaciones belicosas, no pueden menos de admirarse al lado de grandes crímenes las virtudes heroicas mas resplandecientes, una fé ardiente y unas costumbres sencillas. El catolicismo habia constituido la civilizacion europea, y queria estender su dominio: á lo menos aseguró su independenciam.

Sabidos son los resultados de las cruzadas: fueron de grandísima trascendencia bajo el aspecto material y moral; científico y político. Mientras que el Occidente desfallecia de terror, las cruzadas le sostuvieron con la energía del catolicismo, contuvieron la invasion musulmana con una poderosa diversion, estrecharon los vínculos de la disciplina y de la fraternidad, dieron tiempo á los pueblos para ensayar la libertad, y los enriquecieron con el comercio de regiones antes desconocidas. La Europa se salvó de la invasion de los turcos: la autoridad de los príncipes se robusteció al paso que se debilitó el feudalismo: el establecimiento de los consejos y de resultas, la existencia del estado llano halló una coyuntura favorable: la marina tomó im-

pulso, y progresó la civilizacion general con las recíprocas comunicaciones entre los pueblos. El siglo duodécimo es memorable por sus rápidos progresos: multiplicábanse las escuelas, abríanse colegios fuera de los monasterios, y la universidad cobraba nuevas fuerzas.

No podemos comprender cómo despues de admitir unos hechos tan incontestables se viene á acusar al catolicismo de que es hostil al progreso, á la perfeccion de la vida civil, al incremento de la sociedad y de las relaciones mútuas de los hombres. Con todo, no cedió jamas ni un ápice de su invariabilidad. Ya en el siglo XI se habia levantado Berengario contra el dogma fundamental del culto católico, y habia renovado los errores de Juan Escoto, apellidado Erigenes, sostenidos por los sacramentarios de allí á unos siglos. Enseñaba aquel que el pan y el vino no se convertian en el cuerpo y la sangre de Jesucristo; pero fué condenado este heresiarca por dos Concilios, congregado el uno en Paris y el otro en Roma los años de 1050 y 1054. La doctrina de Abelardo fué roprobada en los Concilios de Sens y de Soissons: y se habia comenzado á refutar los errores de Pedro de Bruys, Gilberto de la Porea y los sectarios de Arnaldo de Brescia. Los albigenses y los valdenses, inficionados del maniqueismo, habian reanimado el progreso del espíritu filosófico: eran los precursores de Juan Hus y de Lutero. Se fulminó contra ellos anatema en el Concilio general de Letran, celebrado en el año

1213 bajo el pontificado de Inocencio III: ya habian sido condenados anteriormente por otros Concilios particulares.

¡Con cuán vivo dolor deploramos este episodio abominable de nuestra historia! Las pasiones impelieron á cometer todo género de crímenes, que la Religion cristiana no cesó de vituperar. Felipe Augusto, que durante un periodo de su reinado, habia sostenido larga contienda con la Santa Sede por el repudio de Ingelburga, se reconcilió con la Iglesia. El catolicismo, siempre *uno* en su doctrina y en su moral, no habia cesado de mostrarse favorable al progreso. Las obras de los canonistas habian descubierto el movimiento intelectual. Como la Iglesia penetraba todas las instituciones sociales que al parecer se amoldaban en su seno, el Derecho canónico habia venido á ser en cierto modo el Derecho civil y público. Aquellos siglos eran sobre todo de accion, y por eso el catolicismo prestaba entences los mayores servicios á la humanidad. Con todo, habia producido á S. Bernardo, dotado de todas las cualidades propias para dar un empuje al progreso intelectual y á la civilizacion de los pueblos. ¿Quién no admira el talento del gran abad de Claraval, el elocuente orador que igualaba á los mas famosos de la antigüedad, y tan profundo dialéctico, que el docto Abelardo pudiera haberle tomado por maestro? Acatado sucesivamente por los reyes y los Papas, era el terror de los herejes y el objeto de un respeto profundo para la multitud del pueblo mila-

nés, á quien no pudo satisfacer hasta que se asomó á las ventanas de su habitacion para bendecirla. El catolicismo habia producido este grande hombre, que como dice un historiador, tenia el don de dominar los ánimos, y á quien se veia en un instante pasar desde su desierto á las cortes, y nunca estaba fuera de su lugar. Sin título ni carácter alguno gozaba de aquella consideracion personal, que es superior á la autoridad: era simple abad de Claraval, y sin embargo, tenia mas poder que un primer ministro de Francia, y conservaba un ascendiente sobre el Papa Eugenio III, su discípulo, que honra igualmente al uno y al otro. Fué tan extraordinario S. Bernardo, que mereció en los siglos siguientes los homenajes mas solemnes hasta de Lutero, Bucero, Ecolampadio y Calvino. Tambien apareció S. Anselmo, y el mundo reverenció en su persona á uno de los doctores mas célebres de su tiempo, el primero que habia hermanado con la teología aquella precision dialéctica y aquel método escolástico, que derraman la luz mas viva sobre la verdad, y confunden el error descubriendo sus sofismas.

Así el catolicismo en la edad media elevó á los pueblos á la vida de inteligencia; pero sobre todo á la de accion. Cuando al parecer iba á disolverse el mundo por la anarquía á resultas del estado crítico en que se hallaba, aquel que en el alto cielo tiene en su mano el corazon de los pueblos y de los reyes, hizo triunfar el principio cristiano que dió á luz la sociedad civilizada de Europa, y con ella

todo quedó cristiano. La *unidad indisoluble* del catolicismo, como un vínculo augusto, había reunido mas de veinte pueblos bárbaros bajo el mismo estandarte: su tolerancia había hecho que se reclamaran su proteccion y apoyo como un favor especial. La identidad de la fé fijaba *invariablemente* todas las creencias, y su noble é incesante emulacion *al progreso* había ecsaltado la sensibilidad y la energía. ¿Quién dejará de conocerle? ¿Y quién conociéndole podrá no amarle?

No temamos esponer esta doctrina firme y decidida á la superfetacion de nuestro siglo. Reanimemos esta sociedad enferma con la única doctrina que puede restituir á sus venas el calor y la vida: esta doctrina es la santa palabra antigua é inmutable, enseñada por el órgano de la Iglesia. Ella sola es la luz que disipa las tinieblas, y la fuerza que vence todos los obstáculos.

CAPITULO VI.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO DECIMO TERCERO HASTA AGOSTO DE 1842.

Es uno y á pesar de eso tolerante: invariable y sin embargo favorable al progreso.

El cristianismo es el principio de la unidad en la civilizacion anterior á la Europa moderna.— De la sociedad europea.— Esposicion filosófica de la doctrina católica.— Preséntase en este pe-

riodo bajo la forma de evidencia racional— Enumeracion de los principales acontecimientos políticos.— Juicio de las cuatro últimas cruzadas.— La manifestacion del movimiento racional pasa la linea de la ortodoxia.— Cismas y heregias del siglo décimo tercero.— De la inquisicion.— Pugna entre las dos potestades.— Reinado de Felipe el Hermoso y pontificado de Bonifacio VIII.— Concilio de Viena que termina las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara.— Abolicion del orden de los templarios.— Condenacion de diferentes novadores y reunion de los griegos y latinos.— Progreso científico, industrial y artístico protegido por el catolicismo.— Grandes hombres de la época.— Reforma de las costumbres públicas.— Palabras notables del señor Royer Coyard.— Señal de la reforma de Lutero.— De su verdadera causa.— Juicio del señor Guizot sobre esta materia.— Tolerancia del Papa para con Lutero.— Sus opiniones religiosas.— Sus principales discípulos.— Calvino.— Concilio de Trento.— Guerras de religion.— Poderosos motivos para vivir en paz aun los que profesan cultos diferentes.— Progreso intelectual y social en el siglo XVI favorecido por el catolicismo.— Resultado de las luchas religiosas para la razon.— Indicios de la revolucion de 1789.— Su verdadera causa.— Testimonio del señor Thiers en favor de la tolerancia del clero.— De la inviolable adhesion del clero á la uni-